

la organizacion imperial, hayan sufrido el influjo de esta perdiendo su carácter primitivo; no es por esto menos cierto que gran número de tribus bárbaras, precipitándose de repente sobre el imperio, derriban una civilizacion para en adelante impotente, y que en el siglo quinto se verifica un total cambio en Europa. La invasion arroja una sociedad entera sobre el mundo romano. En lugar de esas poblaciones muelles y degradadas que se abandonan á todos los vaivenes y se entregan sin resistencia al primer dominador, vense pueblos de costumbres salvages y violentas, de hábitos independientes y guerreros, cuyo poder fué tan vigoroso para fundar, como lo habia sido para destruir; hombres de espíritu feroz y guerrero, pero no gastado todavía; tierra inculta pero fecunda, en donde habian de brotar rápidamente las semillas de la verdad. Sus toscas virtudes daban ya cierta elevacion y nobleza á sus almas, y las disponian á recibir el influjo del cristianismo, que iba á dulcificar su feroz carácter sin enflaquecer su energía, á preparar la creacion del moderno espíritu nacional uniendo el principio de orden establecido en la sociedad romana, con el de libertad individual traído por la germánica. Juntábanse á la lengua latina nuevas lenguas para formar las lenguas modernas, y al gobierno romano mezclaban los bárbaros sus usos, preparando el feudalismo y la orden de caballeria, célebres instituciones de la edad media.

Largo y difícil trabajo ha de costar todavía fundir el mundo antiguo y el nuevo, y renovar la sociedad en lo moral y en lo político: no ha encontrado cada nacion el pais en que debe definitivamente establecerse, aunque están todas dentro del recinto que ha de abarcarlas, pero ya llevan consigo los materiales para reedificar en medio de las ruinas que han hacinado: ellas repararán los males, hijos de tan terribles sacudimientos: ellas sabrán fijarse y quedar constituidas.

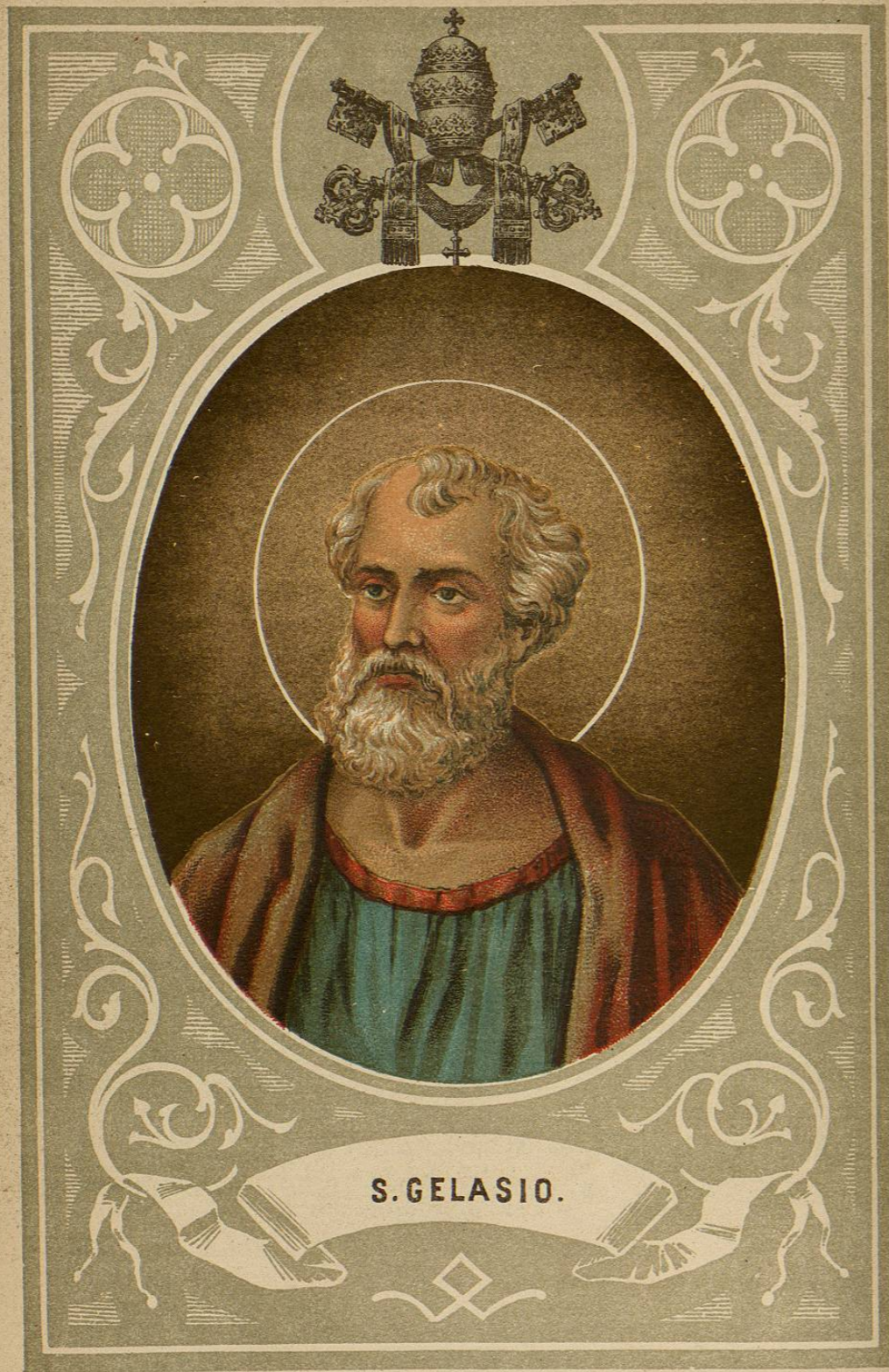
## VII.

San Felix, llamado tercero por cuantos consideran legítimo pontífice durante algun tiempo á San Felix II, era noble romano, de la familia Anicia, hijo de Felix. Mostróse desde un principio infatigable perseguidor del arrianismo que, con los bárbaros se habia

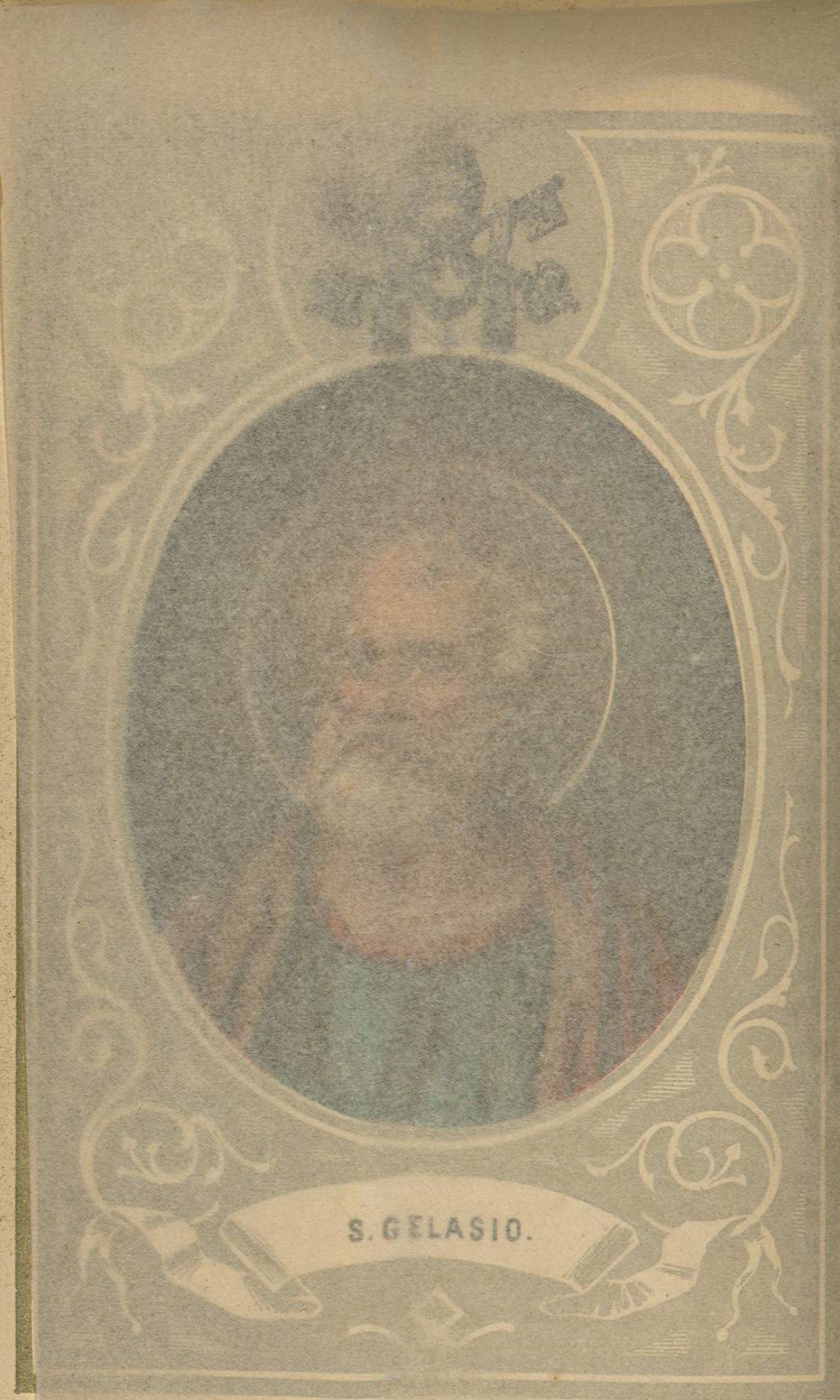
extendido desde los países orientales á las comarcas de Occidente. Celoso siempre de la pureza de la fé, luchó tambien contra la prepotencia imperial de Constantinopla y contra la ambiciosa perfidia de Acacio. Talaya, espulsado de Alejandria, acudió al Pontífice y este firme en la defensa de sus derechos, envió inmediatamente, en calidad de legados suyos á los obispos Vital y Misseno, para que presentándose al emperador hiciesen que se profesara abiertamente la fé y las definiciones del concilio de Calcedonia, que se depusiera á los obispos intrusos, que se devolviesen las Sedes á los legítimos pastores y que se mandase comparecer á Acacio ante un concilio de Roma, para disculparse de sus faltas. Pero los dos legados se dejaron dominar por las amenazas y las lisonjas de Zenon, así como por las perfidias de Acacio, y faltaron á su deber. Firme el Pontífice en el suyo, reunió un concilio y depuso en él á los legados que habian hecho traicion á su cargo, á su dignidad sacerdotal y á la fé verdadera.

Ilustre así por su doctrina como por su celo, refutó á sus adversarios tanto publicando contra ellos un tratado, cuanto por medio de sus cartas al emperador Zenon que no dejó de plegarse en parte á las justas exigencias del pontífice y que, por indicacion de este, mandó un legado al Africa para contener las demasías contra los católicos, que cometia Hunnerico, hijo de Genserico. Mas aun; habiendo muerto entre 488 y 489 el impio Acacio, fuera de la comunión de los fieles, logró tambien el santo papa que, con arreglo á su voluntad, le sucediese Flavita y que, fallecido este al cabo de tres meses, ocupase su vacante Eufemio. Trató asimismo de que se borrara en Constantinopla de los sagrados disticos el nombre de Acacio, y si sus pasos en tal sentido no produjeron efecto, debióse solamente á la mala voluntad de Zenon y luego del emperador Anastasio.

San Simplicio, antes de morir, habia recomendado que se alejase toda ocasion de tumultos, pero no habia ordenado, en modo alguno, que no se eligiese pontífice sin consultar al príncipe, que á la sazón lo era Odoacro, ni menos á su ministro. Odoacro ciertamente, no se opuso á la eleccion ni á los actos ejecutados por San Felix III, quien en un concilio de treinta y ocho obispos celebrado en Roma, decretó las penas en que habian incurrido ó dió la abso-



... que habian caido en la heregia durante la persecucion  
 ... por sus vandalos, y restableció la antigua severidad de las  
 ... Amó la paz, pero al mismo tiempo supo defender  
 ... la justicia y reprimió la desmesurada y cismática ambi-  
 ... de los obispos de Constantinopla. Sosteniendo con vigor la  
 ... eclesiástica, depuso solemnemente á Pedro Mango y, no  
 ... intrigas puestas en juego para impedirlo, hizo res-  
 ... acordando nuevamente el sínodo.  
 ... para que procurase  
 ... puso  
 ... Dió  
 ... esta, añadien-  
 ... por la Iglesia  
 ... las dos ordenaciones  
 ... ha presbi-  
 ... un pontificado  
 ... Fue repul-  
 ... otros, de  
 ... a los coloquios con  
 ... parte de su tiempo á  
 ... al punto de alimentar á cuantos pobres  
 ... San Gelasio, repito, fué elegido pontifice en  
 ... sede cuatro años y cerca de nueve meses.  
 ... en Roma un concilio de setenta obispos y  
 ... libros sagrados del Antiguo y Nuevo tes-  
 ... los Santos Padres admitidos por la Iglesia y  
 ... tambien que los cuatro concilios  
 ... Constantinopolitano, Etesino y Calcedonense  
 ... respetadas sus decisiones. Esta



S. GELASIO.

lución á los que habian caido en la heregia durante la persecucion iniciada por los vándalos, y restableció la antigua severidad de las reglas canonicas. Amó la paz, pero al mismo tiempo supo defender siempre la justicia y reprimió la desmesurada y cismática ambicion de los obispos de Constantinopla. Sosteniendo con vigor la disciplina eclesiástica, depuso solemnemente á Pedro Mongo y, no obstante las intrigas puestas en juego para impedirlo, hizo respetar la autoridad apostólica condenando nuevamente el Enótico. En su carta al emperador Zenon exhortándole para que procurase que Hunnerico no continuara afligiendo á la Iglesia africana, puso el siguiente encabezamiento: «A nuestro gloriosísimo y serenísimo hijo Zenon Augusto», siendo, segun creen muchos, el primer pontífice que hizo uso, en caso semejante, de la palabra subrayada. Dió también San Felix III memorable ejemplo y saludable enseñanza que aun hoy deberia ser aprendida por los soberanos, cuando aconsejaba al mismo emperador que, cumpliendo la voluntad del Señor, en las cosas divinas subordinase y no antepusiera su voluntad á la de los sacerdotes de Cristo á quienes debia escuchar en los asuntos de fé, en vez de pretender enseñarles esta, añadiendo que estaba obligado á seguir las normas trazadas por la Iglesia y carecia de derecho para prefijar las leyes. En dos ordenaciones del mes de diciembre creó treinta y un obispos, veintiocho presbíteros y cinco diáconos y murió en 492, despues de un pontificado glorioso de ocho años, once meses y diez y ocho dias. Fué sepultado en San Pablo fuera de los muros de la citada iglesia.

San Gelasio I, africano segun unos, romano segun otros, de austera y honrada vida, dado á la oracion y á los coloquios con los santos, lo cual no impedia que dedicase parte de su tiempo á obras de caridad, llevadas al punto de alimentar á cuantos pobres le era dado conocer, San Gelasio, repito, fué elegido pontífice en 492 y ocupó la Santa Sede cuatro años y cerca de nueve meses. En el año 494 celebró en Roma un concilio de setenta obispos y declaró cuales eran los libros sagrados del Antiguo y Nuevo testamento, cuales los de los Santos Padres admitidos por la Iglesia y cuales los apócrifos, ordenando tambien que los cuatro concilios ecuménicos Niceno, Constantinopolitano, Efesino y Calcedoniense fuesen venerados como santos y respetadas sus decisiones. Esta

misma disposicion fué tiempo despues consignada en el nuevo concilio general celebrado en tiempo del papa Vigilio, concilio que, aun alterando el órden cronológico, se referirá aquí, como confirmacion de las decisiones de San Gelasio y prueba irrefutable de la supremacia pontificia, tanto por los acuerdos que en dicha asamblea se tomaron, como por sus antecedentes y subsiguientes hechos que narra de este modo un autor repetidamente citado:

«El año 538 procuró Justiniano que fuese generalmente condenado Orígenes y los errores que se le atribuían. Teodoro, obispo de Cesarea en Capadocia, conocido por acéfalo ó eutiquiano, y sumamente apasionado á Orígenes, procuró vengarse y desacreditar el concilio de Calcedonia. Presentóse al Emperador con muchos de su partido que conservaban el nombre de católicos, y le dijo que los acéfalos se reconciliarían fácilmente con la Iglesia, con tal que se condenase á Teodoro Mopsuesteno, maestro de Nestorio, con sus escritos, los de Teodoreto contra San Cirilo, y la carta de Ibas que hablaba mal de este Santo y del concilio de Efeso que condenó á Nestorio: asegurándole que miraban con horror el concilio de Calcedonia, solo porque admitió á Teodoreto y á Ibas, y porque alabó al Mopsuesteno. Justiniano se dejó llevar de su celo por la paz de la Iglesia y de su prurito de meterse en explicar y resolver puntos de dogma. Así en el año de 546 publicó un edicto ó carta dirigida á toda la Iglesia, á que dió el título de *Confesion de fé*. Y despues de haber explicado los misterios de la Trinidad y Encarnacion, añade trece anatemas, los diez primeros contra varios errores, y los tres siguientes contra los que despues se llamaron *los tres Capítulos*, á saber: «Si alguno defiende á Teodoro de Mopsuestia y no le anatematiza con sus escritos y secuaces, sea anatema. Si alguno sostiene los escritos que hizo Teodoreto en defensa de Nestorio y contra San Cirilo, y sus doce artículos: si alguno los alaba, y no los anatematiza, sea anatema. Si alguno defiende la impía carta que se supone escrita por Ibas á Maris, y no la anatematiza, sea anatema.»

El emperador obligaba á todos los obispos á subscribir su confesion. Los orientales comunmente cedieron. Mennas, patriarca de Constantinopla, tambien cedió, excusándose con que le habian prometido con juramento que si el obispo de Roma no apro-

baba la subscripcion, se la volverian. Con todo, Esteban, legado del Papa en Constantinopla, le reprehendió, y le tuvo por excomulgado. Varios obispos protestaron contra las subscripciones que se les exigian, y acudieron al papa Vigilio, que pasaba á Constantinopla llamado por el Emperador. Envióse tambien á Africa el edicto ó confesion, y un obispo llamado Ponciano, representó á Justiniano que era por demás condenar aquellos escritos, que en Africa no se habian visto, mayormente siendo muertos sus autores; y que temia que esta condenacion no fuese inventada por los eutiquianos para tener algun pretexto con que perseguir á los que impugnaban su heregia.

«El Papa llegó á Constantinopla el 25 de enero de 547: fué recibido con mucho honor, y dió singulares pruebas de su autoridad. Publicó un edicto contra los acéfalos, aunque los protegía la Emperatriz. Excomulgó al patriarca Mennas; y solo cinco meses despues, á peticion de la misma señora, le admitió á su comunión el dia de San Pedro y San Pablo. Justiniano y Teodoro instaban con mucha violencia á Su Santidad para que condenase los tres capítulos. El papa juntó un concilio de setenta obispos; mandó dar los votos por escrito: eran muy varios y los entregó á la corte. Despues el sábado santo de 548 dió su sentencia ó *Judicatum*, en que condena los tres capítulos, con la expresa prevencion de que se conserve al concilio de Calcedonia todo el respeto que se le debe; y que nadie hable mas de esta cuestion, ni de palabra ni por escrito. Esta sentencia del papa era la mas prudente, y con el tiempo fué universalmente abrazada por toda la Iglesia. Pero por entonces estaban los ánimos tan acalorados, que el papa á unos y otros disgustó. Los enemigos de los tres capítulos no podian sufrir la reserva á favor del concilio de Calcedonia; y los defensores de aquellos se irritaron de que el papa tuviese la condescendencia de condenarlos. Los últimos eran muchísimos: primeramente eran todos los obispos del Africa, de la Dalmacia y de casi todo el Ilírico, que llegaron á acusar al papa de enemigo del concilio de Calcedonia, y de haber faltado á la fé, y se apartaron de su comunión.

»Dos de los principales diáconos de Roma, Rústico y Sebastian, escribieron á varios obispos calumniando al papa de que habia condenado el sínodo de Calcedonia. Vigilio se justificó en una car-